

ba lo que poseía como dado para alabar á Dios. Ora durmiese, ora comiese ó tuviese un rató de expansión, todo lo daba á Dios, y se regocijaba del bien que se le hacía, como si se hiciese al mismo Dios, ⁽¹⁾ según las palabras del Salvador». ⁽²⁾

Así, pues, aprendamos también á verlo todo en la luz de esta misma sabiduría. No podremos decir entonces que nos faltan ocasiones para progresar.

En el fondo, dos cosas son únicamente necesarias: aspirar seria y constantemente hacia el fin de la perfección, y tomar para ello el camino más corto y seguro.

Este camino es Jesucristo. Amémosle únicamente á Él, y sigámosle fielmente. Seguros estaremos entonces de ser iluminados por la sabiduría divina, y de hacer progresos en el camino de la perfección.

Sin duda que el fin es elevado, grande la empresa, y tan difíciles los principios, que no podríamos recomendar con la insistencia debida al principiante el ánimo, la confianza y la constancia, ó, lo que es lo mismo, la paciencia.

No obstante esto, los progresos y la llegada al término son fáciles. Porque «el que se siente impulsado por el deseo de obrar bien, y lo hace mejor de día en día, pronto advierte que su virtud ha tomado incremento». ⁽³⁾

(1) Gertrudis, *Legatus divinæ pietatis*, 1, 11.

(2) Matth., XXV, 40.

(3) Dante, *Parad.*, XVIII, 58 y sig.

CONFERENCIA XIX

LA VÍA UNITIVA

1. Importancia de los principios abstractos más generales.—Una de las cosas que más contribuyen á hacer penosa la vida, es ver la falta de principios que reina en los hombres, ó mejor, su indiferencia con relación á los principios generales que rigen, ó que por lo menos deberían regir, la vida moral y la vida pública.

Esta es la razón por la cual la generalidad no tiene otra norma de conducta que vivir al día, dejando á los acontecimientos y á las circunstancias, el cuidado de inspirarles lo que deben hacer.

¿Qué consecuencias resultan de esto? Desde luego, esa lamentable falta de carácter ⁽¹⁾ propia de nuestra época, y luego ese número incalculable de charlatanes que introducen el desorden en nuestra situación pública.

El hombre educado desde su juventud en principios firmes y sólidos, jamás sabrá apreciar debidamente su dicha. Cuanto más restringido es el número de estos principios, más firme base le ofrecen para todos los casos.

En las bajas esferas de la vida es donde menos se nota esta influencia de los principios generales. Pero cuanto más se remonta uno, más innegable aparece. De aquí que con frecuencia sea difícil apreciar el valor é importancia de una manera de ver, cuando se consideran únicamente en ella las aplicaciones más próximas. Pero cuanto más lejos lleva uno sus conclusiones, con más minuciosidad examina sus últimas ramificaciones, y mejor puede formular un juicio cierto sobre su valor y su influencia.

(1) Véase tom. VI, conf. XV, 7.

2. Lo que importa es tener principios exactos acerca de la perfección.—Lo mismo ocurre en el dominio de la vida espiritual.

Al tratar, en los dos primeros volúmenes de esta obra, del hombre completo, expusimos muchos principios que quizás no hayan parecido claros á cierto número de lectores. Léidos el quinto y el sexto volumen, la luz se ha hecho sin duda alguna más brillante en su alma, y creemos firmemente que los iluminará por completo cuando se hayan enterado de estos dos últimos, destinados á mostrar que la más elevada perfección consiste precisamente en la fiel aplicación de estos principios.

Nunca se comprende mejor la necesidad de estos seguros principios generales, como cuando se trata de tomar en serio la empresa de la vida cristiana en lo que tiene de más elevado; y en parte alguna es tan fácil la prueba de su exactitud como aquí, en que las hipótesis falsas producen las más peligrosas y perniciosas consecuencias.

Con profunda sabiduría empieza Scupoli con estas palabras su librito de oro, el *Combate Espiritual*, el libro favorito de San Francisco de Sales: «Si deseas, ¡oh alma cristiana!, llegar á la cumbre de la perfección evangélica, y unirte a Dios de tal modo que te conviertas en un mismo espíritu con Él, preciso es que sepas desde luego lo que es la verdadera y perfecta espiritualidad.

»Unos, no considerando la vida espiritual más que bajo un aspecto externo, hácenla consistir en las penitencias externas, en los cilicios, en las disciplinas, en los ayunos, en las vigiliias y otras semejantes mortificaciones de la carne.

»Otras personas, especialmente mujeres, se imaginan ser consumadas en virtud, cuando se han habituado á recitar largas oraciones vocales, oír muchas misas, asistir á todos los oficios divinos, permanecer largo tiempo en la iglesia y comulgar frecuentemente.

»No pocas, aun entre las que han abrazado la vida religiosa, creen que, para ser perfectas, basta asistir con pun-

tualidad al coro, amar el retiro y el silencio y observar escrupulosamente la disciplina de su Orden.

»Así, pues, cada uno hace consistir la perfección en tal ó cual ejercicio de perfección. Pero es cierto que todos se engañan, porque, como las obras exteriores no son más que disposiciones para llegar á ser perfectamente santos, ó frutos de la santidad perfecta, no puede decirse que tales obras constituyen la perfección cristiana y la verdadera espiritualidad.

»Por poco que se reflexione en su conducta, ve uno que se descarrían y que se alejan mucho de la perfección. Porque, en todas las cosas grandes ó pequeñas, desean ser preferidos á los demás, no siguen más que su propio juicio, no hacen más que su propia voluntad, y, ciegos en todo lo que á ellos se refiere, tienen siempre abiertos los ojos para observar y censurar las acciones de los otros. Y si llama uno la menor atención sobre esta vana reputación de que ellos creen gozar en el mundo, y de la que tan celosos se muestran; si les ordena uno que abandonen ciertas prácticas de devoción, de las que se han hecho un hábito, se turban y se inquietan extraordinariamente. Y si Dios mismo, deseando enseñarles á conocerse á sí mismos, y mostrarles el mismo camino de la perfección, les envía contratiempos, enfermedades, crueles persecuciones, vemos entonces que su interior está profundamente dañado por el orgullo que lo domina.

»Claro es, pues, que la vida espiritual no consiste en ninguna de las obras exteriores de que acabamos de hablar.

»Consiste ella especialmente en adorar la bondad y la grandeza infinitas de Dios, en conocer al propio tiempo nuestra bajeza y nuestra inclinación al mal, en amar á Dios y odiarnos á nosotros mismos, en someternos no solamente á Él, sino á todas las criaturas por amor á Él, en renunciar por completo á nuestra propia voluntad, á fin de seguir la suya, y sobre todo en hacer estas cosas por la sola gloria de su nombre, sin otro designio que el

de agradarle, por la única razón de que quiere y merece el amor y la sumisión de sus criaturas». ⁽¹⁾

3. La perfección es cosa muy sencilla, y aun muy natural.—Este pasaje que, en su brevedad y claridad, revela un verdadero maestro de la vida espiritual, nos indica todo lo que forma parte de la perfección, y, al propio tiempo, lo que constituye su término más elevado.

¡Qué efecto tan bienhechor produce esta doctrina, si arrojamos una mirada al dédalo de la falsa mística! Contemplándolo, jamás puede uno desprenderse de una impresión siniestra.

Sí, excelente es lanzar una mirada á todos los peligros que hemos evitado, á fin de agradecer á la gracia divina el haber guiado nuestros pasos por el recto camino, con la dulzura de su dirección, la firmeza de su autoridad y la seguridad de su doctrina.

Por una parte, estos peligros son, ora el estoicismo, ridículo por sus palabras huecas, verdad es, pero poderoso porque sabe despertar muy bien el orgullo del espíritu, ora su próximo pariente el quietismo budista, que oculta su pereza tras discursos desdeñosos ó piadosos sobre el mundo.

Por otra parte, lo es el jansenismo, con sus innumerables y pesadas prácticas, que alimentan el orgullo y producen la terquedad del espíritu.

Añadamos á esto toda esa mística enfática, repelente, de las sectas protestantes: las fantasías piadosas de los pietistas, la violencia de los metodistas, los accesos de locura de los cuákeros y de los shákeros.

Sí, es imposible negar que con frecuencia los poderes de las tinieblas se disfrazan de ángeles de luz, y que, gracias á la complicidad del orgullo humano y á la corrupción del corazón, engañan cruelmente á los espíritus ciegos, como para castigarlos por no someterse á la dirección segura de la Iglesia.

Cuando, de un lado, se examinan los innumerables ab-

(1) Scupoli, *Geistlicher Kampf*, Kap. 1.

surdos con los cuales corazones locos de orgullo han creído poder elevarse al más alto grado de perfección ⁽¹⁾ y cuando, por otro, ve uno el desorden, la hipocresía, la bellaquería, la inclinación á los milagros y á las cosas extraordinarias á que han sido arrastrados millares de veces, compréndese la confianza que debemos tener en esta única mística, que posee dos preciosas cualidades: la sencillez y lo natural.

Pues bien, esto es lo que caracteriza á la mística católica.

Evidente es su sencillez. Podemos reunir toda la doctrina sobre el grado más elevado de la vida espiritual, en otros términos, sobre la *vía unitiva*, en este célebre verso de Santa Teresa:

«Sólo Dios basta».

Al expresarse así, no hace otra cosa la gran santa que repetir lo que el Salmista cantó mucho tiempo antes que ella: «¿Qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de ti, Dios mío, que eres el Dios de mi corazón, y mi herencia por toda la eternidad?» ⁽²⁾

Salta igualmente á los ojos lo natural de la verdadera mística.

Toda mística falsa es perjudicial al hombre. Ora le corrompe, al ofrecerle por divisa el principio: «Nada fuera del hombre», ora le oprime diciéndole: «Nada es el hombre ni nada debe ser».

La religión cristiana, siempre en el término medio, se expresa así: Dios lo es todo. Fuera de Él, no hay nada. Todo lo que el hombre posee carece de valor, si no está de acuerdo con Él. Si, pues, el hombre está unido á Dios, es algo de grande y perfecto. Sin unión con Dios, no es nada. Unido á Él, lo es todo. Si sólo Dios basta, y si satisface á Dios, se satisface también á sí mismo».

(1) Gerson, *Considerat. de theolog. myst.*, p. 1, *consid.* 41 (Dupin, III, 394). Schram, *Myst.*, § 322, *Schol.* 1. Sandæus, *Theol. Myst.*, p. 426 y sig.

(2) Psalm., LXXII, 25, 26.

Curioso es, que precisamente aquí, en la más elevada cumbre de la vida sobrenatural, veamos por última vez, pero quizás también del modo más evidente, qué gran violencia hacen á la naturaleza los que nada quieren admitir fuera de ella, ó los que, por lo menos, no quieren admitir lo sobrenatural propiamente dicho, y cómo, por lo contrario, está conforme la doctrina cristiana de lo sobrenatural con la verdadera naturaleza del hombre, y cómo la satisface por modo completo.

Solamente aquí se ve, pues, con claridad toda la parte del principio que con tanta frecuencia hemos expresado, á saber, que la empresa del hombre, la perfección, consiste en su unión con Dios, en la unión de la naturaleza con lo sobrenatural.

4. La perfección como unión de lo natural y de lo sobrenatural. Las promesas hechas en el bautismo son ya un compromiso para practicarla.—Permítenos este principio abarcar la empresa propia del último escalón que hay que subir en el camino de la perfección, la *vía unitiva*.⁽¹⁾

Debe el hombre realizar en sí mismo las exigencias de la vida sobrenatural, tanto como la debilidad de su naturaleza se lo permite.

Empresa ciertamente ruda es ésta, pero que debe procurar realizar la mística. Porque en el fondo no es otra cosa que lo que la gracia empezó con el bautismo y lo que en él prometió el hombre. El que no logra la perfección, queda rezagado en la empresa que le impuso el bautismo; y el que llega á la más alta santidad, no puede alabarse de otro mérito que de haber tomado en serio el cumplimiento de las promesas de su bautismo.

Es esta una verdad de la más alta importancia. Porque vemos por ella que no hay cristiano que no esté obligado á procurar elevarse á la perfección, y que aspirar á ella no

(1) Cf. Alvarez a Paz, I; III, 1, 3, p. 3; 1, 4, p. 3; 1, 5. Philipp a S. Trinit., III, tr. 1, 2, 3. Meynard, *Vie intérieure*, (3), I, 463-543. Sandreau, *Dégrés de la vie spirituelle*, II.

es otra cosa que cumplir la solemne promesa que hizo al entrar en la vida.

Antes de recibir el bautismo se nos preguntó: «¿Renuncias á Satanás, á sus pompas y á sus obras?» Y respondimos: «Sí, renuncio».

Luego, se nos formuló otra pregunta: «¿Crees en Dios?» Y respondimos: «Sí, creo».

Al hablar así, no quisimos decir: «Creo que hay un Dios». Todo ser racional confiesa esta verdad, y el mismo Satanás lo hace temblando.⁽¹⁾ Pero nosotros quisimos hacer un acto verdadero de fe. Ahora bien creer en Dios de este modo, no quiere decir únicamente que admita uno con la inteligencia que hay un Dios en el cielo, sino que significa que uno se entrega á Él con toda su voluntad y todo su corazón.⁽²⁾ Creer en Dios quiere decir hacer su voluntad, amarle con corazón creyente, aspirar á Él con corazón amante, procurar unirse á Él del modo más perfecto posible.⁽³⁾

Esto ha sido expresado por modo muy ingenioso en las ceremonias que antiguamente acompañaban al bautismo. El que debía recibir este sacramento, volvía sus miradas hacia el Occidente, y, con un movimiento de manos como para apartar de sí algo, pronunciaba estas palabras: «Abjuro». Volvíase luego hacia el Oriente, hacia la luz naciente, y exclamaba levantando sus brazos al cielo: «¡Pero yo te juro fidelidad, oh Cristo Jesús!»⁽⁴⁾

Pues bien, ¿qué hacemos nosotros, cuando rehusamos recorrer el camino de la perfección hasta su más alto grado? ¿Qué hacemos cuando intentamos dar el paso más difícil?

En el primer caso, violamos nuestras promesas más solemnes; en el segundo, tenemos el consuelo de haberlas

(1) Jac., II, 19.

(2) Thomas, 2, 2, q. 2, a. 2.

(3) Augustin., *Tract. in Ioan.*, 29, 6. Véase tom. VI, XXI, 5.

(4) Constit. Apost., 7, 41. Basil., *De bapt.*, 5. Chrysostom., *Eph.*, 1, 3; *Illuminand.*, 2, 5. Julian. *Martyr.*, 4; *Col.*, 6, 4. Dionys. Areop., *Eccl. hier.*, 2, 2, 6. Augustin., *Sermo* 369, 3. Ambros., *Myst.*, 2, 7. Hieron., *Amos*, 6, 14.

observado. Pero hecho cierto es que jamás podremos li-sonjearnos de haber ido más allá.

Todas las promesas del bautismo giran al rededor de estas palabras: «Renunciar al mal y unirnos con Dios».

La mística de la Edad Media resume igualmente todo el camino de la perfección en dos palabras: «Alejamiento y vuelta». Alejamiento de todo lo que corrompe y encadena nuestra naturaleza, vuelta á Dios en nuestro interior, á fin de que nuestra naturaleza, libertada de los obstáculos que la oprimen, se una á Dios.

Así, pues, las simples palabras del bautizado, son la expresión de las más elevadas aspiraciones á Dios. Pueden resumirse así:

«¡Oh alma mía, sal para que Dios entre! ¡Que todo mi ser se sumerja en la infinidad de Dios, como en un mar sin fondo! ¡Si vuelo hacia tí, vienes hacia mí; si me pierdo, te encuentro, ¡oh Bien supremo!»⁽¹⁾

Á estas promesas que hacemos en el bautismo corresponde la vía purgativa. Á la promesa de pertenecer á Dios y á Jesucristo corresponden la vía iluminativa y la vía unitiva.

En la primera vía, la naturaleza queda purificada de todas las escorias y libertada de todos los obstáculos que se oponen á su unión con lo sobrenatural. En la última, debe establecerse la unión por modo perfecto, de suerte tal, que lo natural y lo sobrenatural, la libertad y la gracia, el hombre y Dios, aspiren en común á un mismo fin, sin que ninguna de ambas partes experimente el menor perjuicio.

5. La purgación pasiva como último grado para llegar á la vía unitiva.—Con todo, sólo cuando se trata de esta última empresa, ve uno claramente la suma de debilidad y los muchos obstáculos que hay en la naturaleza.

No parece sino que el alma que ha recorrido el camino de

(1) Wackernagel, *Kirchenlied*, n.º 445, 8 (II, 289). Hagen, *Minnesinger* III, 468 ee. Bartsch, *Erlösung*, 195.

la purificación, se ha convertido en instrumento apropiado á la actividad del Espíritu Santo. Mas ¡oh sorpresa! cuanto más la inunda éste con sus luces, y más procura elevarla á la práctica de las más altas virtudes, más se espanta ella de lo que en sí misma encuentra.

Á la claridad de esta luz, descubre en todos sus repliegues, aun en las partes más íntimas de su interior, tantas impurezas, y con raíces tan profundas y numerosas, que quisiera huir de Dios, como el ave nocturna huye del sol. Y, cuando debería ceder á la influencia de lo sobrenatural, experimenta tal cobardía, tal egoísmo y tal deseo del favor de los hombres, consuelos y éxitos tales, que se ve obligada á decir que Dios no puede realizar así su designio sobre ella.

Jamás se vió tan llena de defectos y tan indigna de la compañía de Dios.

En las tinieblas, fácil es á uno creerse muy limpio, á pesar de estar lleno de manchas; pero muy pronto se desilusiona cuando aparece á la luz. Ahora bien, así como una persona, que pasa súbitamente de la oscuridad á la luz, se horroriza del polvo y del lodo que la cubre y busca con premura un medio para limpiarse, así también ocurre con el alma cuando se coloca á la luz de Dios.

He aquí la razón porque es necesario un lugar de purificación en el más allá. Sólo el que ha perdido toda noción de la santidad de Dios, de la ternura de un corazón que le busca, de la contradicción que existe entre el pecado y Dios, y de la purificación personal, puede negar el purgatorio. Si Dios no lo hubiese creado, y si llamase á su presencia á todos los sorprendidos por la muerte en el camino de la perfección, sin haber alcanzado su término, ellos mismos reclamarían ese lugar de purificación, porque no podrían soportar la vergüenza de aparecer sucios ante el Dios tres veces santo, ante el Dios purísimo.

Pero lo que acabamos de decir, no se aplica únicamente á lo que ocurre después de esta vida.

Ya aquí bajo, el que recorre el sendero de la perfección,